

Cristianos: dos señores os están llamando y ambos redoblan sus clamores: uno es Jesucristo, que lleno de amor vertió su sangre por salvarnos: el otro es el mundo en que vivís: el primero os llama por el camino de la mortificación, el segundo por el de los placeres: aquel os dá una corona de espinas, el mundo os ofrece una de flores: la que os quiere colocar el Salvador se convierte despues en una corona de gloria que no tiene fin, las flores que adornan la que os ofrece el mundo se marchitan en breve tiempo. ¿Y habrá, esclama admirado San Juan Crisóstomo, quien cerrando sus oídos á las voces del Señor, los tenga atentos para escuchar los clamores del mundo? ¡Cuánta insensatez! ¿Quereis ser de Dios ó del mundo? En vuestra mano está el escoger: pero ya oigo que me decís que quereis salvaros, que deseais aprovecharos de los frutos de la pasión y muerte de Jesús y de los dolores de María, y que por lo tanto estais decididos á caminar gustosos por el saludable sendero de la Cruz.

Sí, dolorosísima Reina y Madre nuestra: vos sois la que desde el cielo despachais las gracias del Señor; alcanzadnos la que necesitamos, á fin de que huyendo del mundo que nos persigue, como vos huísteis de Belén con vuestro Divino Hijo, y atravesando el camino de la mortificación con la resignación de que vos nos habeis dado ejemplo en vuestro viaje á Egipto, tengamos un día la dicha de llegar al término feliz de nuestro viaje por el desierto del mundo, que es la patria celestial de la gloria. ¡Amen! ¡Amen!

SERMON

SOBRE EL

TERCER DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

La pérdida del Niño.

Puer non comparet, et ego quo ibo?

El niño no parece, y yo ¿á dónde iré?

Génes. cap. XXXVII, v. 30.

Cuando leo, señores, en el sagrado libro del Génesis, de donde he tomado las palabras que acabais de oír, la perfidia de los hijos de Jacob, que envidiosos del amor que á su pequeño hermano José profesaba el padre por haberlo tenido en su vejez, y por el mayor cariño que habia tenido á Rachél, madre de José y de Benjamín, el menor de sus hijos, y contemplo los planes de muerte que contra él concibieron, ó por último su maldad en venderlo, y persuadir á su padre que habia sido devorado por alguna fiera, no puedo menos de estremecerme y llenarme de estupor considerando el grado de cinismo á que las pasiones conducen á los hombres.

En efecto, José habia tenido un sueño que mas

bien fuera una revelacion de la grandeza á que mas tarde habia de ser elevado, y con la sencillez propia de un jóven inocente que no conoce la malicia, ni ha conocido proyectos de ambicion, contó á sus hermanos su sueño, los cuales que ya le miraban con mala voluntad, crecieron en su odio contra él. Acaeció que yendo José al campo en busca de sus hermanos, estos que le vieron acercarse, concibieron el inicuo designio de matarle, y de decir despues al padre que habia sido devorado por una fiera. Rubén, cuyo corazon no habia llegado á semejante grado de corrupcion, trató de disuadirles de tal proyecto, y viéndolos obstinados y resueltos á salir de él, les aconsejó que no manchasen sus manos en sangre; sino que lo arrojasen á una cisterna que estaba próxima donde ciertamente moriria, y daba este consejo con el designio de sacarle de allí y restituirle á su padre. Así lo hicieron desnudándole de su túnica en cuanto llegó José adonde ellos estaban, y arrojándole en la cisterna. Mas como pasasen por aquel sitio unos mercaderes Madianitas, le sacaron de la cisterna y se lo vendieron en precio de veinte monedas de plata. Rubén, que no presenció esta inicua venta por haberse separado de los hermanos con un pretesto, volvió á aquel sitio á buscar á José en la cisterna, y como no le hallase, lleno de dolor y amargura creyendo que los otros le habrian muerto, segun antes habian concebido, rasgó sus vestiduras, y yendo á sus hermanos les dijo estas sentidas espresiones: El niño no parece, y yo ¿adónde iré? *Puer non comparet, et ego quo ibo?*

No he podido menos de recordar este pasaje bíblico al tener que hablaros en esta tarde del tercer dolor de la Santísima Virgen, causado por la pérdida momen-

tánea de su divino Hijo Jesus. María, que era tan obedientísima á la ley, quiso tambien cumplir con la costumbre que tenian los judíos en la solemnidad de la Pascua; fué con su Hijo cuando este tenia doce años de edad, y acompañada tambien de su casto esposo San José. á Jesusalen, y como regresasen pasados aquellos dias, quedóse Jesus en Jesusalen sin que sus padres lo advirtiesen. Creidos que iria entre la comitiva, buscaronle con la mayor diligencia, hasta que convencidos de su pérdida, volvieron á Jesusalen á buscarle.

Indecible es, mis amados hermanos, la pena que se apoderaría del corazon amante de esa Madre candorosa cuando vió que le faltaba su hijo, que era la luz de sus ojos, el objeto de sus pensamientos y cariños, y la vida de su alma. ¡Ah! Que mas afligida y mas llena de dolor que Rubén, esclamaría vertiendo un torrente de lágrimas: El Niño no parece, y yo ¿adónde iré? *Puer non comparet, et ego quo ibo?*

Entremos en la meditacion de este dolor, profundicemos si podemos todo el peso de la afliccion de esta Reina de los mártires, y aprendamos de María á buscar á Dios con solicitud, cuando hemos tenido la desgracia de perderle por nuestra culpa. Empero para que estas reflexiones produzcan en nuestros corazones ópimos frutos, imploremos la gracia por la mediacion de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

La pluma se resiste á describir toda la afliccion y amargura que produce en los padres la pérdida ó ausencia de un hijo á quien amaban entrañablemente.

Jacob nos hace ver en sí mismo esta verdad. Como visteis en el exordio, José fué vendido por sus hermanos á unos mercaderes Madianitas, y para encubrir su maldad, los perpetradores del crimen tiñeron su túnica con la sangre de un cabrito, la que le fué presentada á su padre. Lleno Jacob de dolor esclama al reconocer la túnica, mi hijo ha sido devorado por una fiera, y rasgando sus vestiduras, cubrióse de silicio, y lloró amargamente por mucho tiempo. La madre del jóven Tobías tiembla al pensar en el viaje de su hijo, y de mejor grado hubiese perdido la deuda de Gabelo, que pasar por el dolor de la separacion, y si por último consiente persuadida de las palabras de su esposo, vive en ansiedad, y cuando cree que es llegado el tiempo en que debe de llegar, sale á esperarle continuamente llena de amor y de cariño. Pero en vano me cansaré en escogitar en las páginas de los libros santos pasajes que nos sirvan de símiles para comprender lo agudo del dolor que hubo de sufrir la Santísima Virgen María en la pérdida del niño Jesus. Por mas que nos admire el extraordinario amor y notable heroismo de algunas madres, ello es que no hay un hijo que pueda compararse con Jesus, ni una madre que pueda compararse con María. Esta Señora amaba á su Hijo con cuanto ardor es capaz de amar una Madre tan santa, y que tanto conocimiento tenía de las perfecciones, de la grandeza, de la dignidad de Jesus. Este mismo amor que formaba la piedra donde se aflaba el cuchillo que dividia de parte á parte su corazon, por la consideracion continua de las contradicciones, afrentas y tormentos futuros, tuvo que producir en ella necesariamente un efecto terrible de amargura, al encontrarse sin su Hijo á quien habia perdido en Jerusalem.

María mira á José; José dirige su vista á María y ni una palabra profieren sus lábios.

Así abismados en la pena que les devoraba, permanecen silenciosos por algunos momentos, hasta que cobrando ánimo empiezan á buscarle por todas partes.

¡Qué es esto, Purísima María! ¡Qué pena aflige ese corazon amoroso! Habeis perdido cuanto teniais que perder; os encontráis atribulada sin Hijo, huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, porque Jesus lo era todo para vos. Con razon, pues, os entregais al llanto, y haceis resonar vuestros gemidos, pues que no hay pérdida comparable con la pérdida de Dios. Así es, mis hermanos, y por esto al notar la ausencia de su Hijo, me parece oírla esclamar como á Rubén: el niño no parece, ¿y yo adónde iré? *Puer non comparet zet ego quo ibo?* Regresa á Jerusalem, donde no queda lugar en que no indague, preguntando á cuantas personas encontraba. ¿Por ventura habeis visto al que amaba mi alma? ¿*Num quem diligit anima mea vidisti* (1)? ¿Habeis visto al Hijo de mis entrañas? Si lo habeis visto, decidme donde se encuentra, porque mi corazon está partido de pena y de dolor. ¿Qué hará esta afligida Madre faltándole el Hijo que es su vida, su alegría y su consuelo? ¿Adónde iré que pueda encontrar alivio á la amargura que me cerca? Hijo de mis entrañas, oiga yo tu hermosa voz, vean mis ojos tu divino rostro, estrechete yo entre mis brazos, y será el único medio de que concluya mi tristeza.

Tanta era, mis hermanos, la humildad de la Santísima Virgen, que en medio de sus tristes reflexiones piensa si su Hijo se habria ausentado por no ser ella

(1) Cant. cap. III, v. 3.

digna de poseerle. ¡Ah! ¡Si no habré yo cuidado de él segun se merece! ¡Si no le habré tratado con todo el esmero y cariño de que es digno! ¡Si no habré cumplido como buena madre! Mil pensamientos se cruzan por la imaginacion de la afligida Madre, y no tan veloz corre el ciervo sediento en busca de las cristalinas aguas, como se apresura María en buscar por todas partes al único que podia refrigerar su alma. Pero aun no lo encuentra, y entonces se dirige con tiernos afectos al Eterno Padre. En este acto la contempla San Buenaventura completamente abismada, y diciendo: ¡Oh Eterno Padre! Bien conozco que yo no soy digna de poseer un tesoro tan inestimable, pero Vos me lo dísteis por un efecto de vuestra misericordia, yo no puedo vivir sin él; haced, pues, por vuestra misericordia que vuelva otra vez á los brazos de su Madre.

¡Con cuánta razon, oh purísima María, afligida y desconsolada Madre, llorais por la pérdida de ese Hijo cuyas perfecciones son infinitas! Pero enjugad vuestras lágrimas, dad trégua á vuestro dolor, pues no está lejos el momento en que encontrareis ese tesoro que tanto buscáis; él está cumpliendo los designios de la Providencia, la voluntad de su Eterno Padre, haciendo conocer la omnisciencia de que está revestido. Pocos momentos pasarán y vuestros brazos se abrirán para recibir en ellos á esa inestimable prenda de vuestro amor mas puro. Si es cierto que nunca aparecen mas brillantes los rayos del sol, que despues de tristes dias de espesas nieblas y oscuros nubarrones, vos Virgen inmaculada le vereis hermoso cual el sol que disipa las opacas sombras de la noche, y será tanto mayor el gozo que recibireis al verlo, cuanto grande é imponderable es el dolor que ahora experimentais.

Pero no sé á qué fin hago estas reflexiones á la Madre del Redentor, si á ella nada puede consolarla en la orfandad en que se encuentra: cada momento que pasa es para ella un siglo de amargura: en los tres dias que dura la ausencia de su Divino Hijo, padeció mas que han padecido todos los mártires. Concluyóse la alegría de su espíritu, su semblante se halla alterado, y las lágrimas que surcan sus mejillas, y sus continuos clamores, y esa solicitud incansable con que por todas partes le busca, nos demuestran claramente lo acerbo y profundo de su dolor. Yo quisiera en verdad poder esplicarlo; pero esto no es dado á la inteligencia humana: nuestro entendimiento es muy limitado para poder comprender tal dolor, causado por tal pérdida. Verdad es que nosotros sentimos la pérdida de aquellos á quienes estamos unidos por los vínculos de la sangre, pero María estaba unida á Jesus por los de la sangre y del espíritu: sabia que su Hijo era hombre, pero no ignoraba que era Dios: sabia que habia nacido en tiempo, pero conocia que era eterno: si las bellas prendas hacen avivar el amor, ¿quién en ellas competirá con Jesus? ¿Quién mas hermoso que él? ¿Quién mas amable? ¿Quién mas lleno de virtudes? ¿Quién está adornado de mas altísimas perfecciones? ¡Ah! Gloríese Jacob al contemplar á su Benjamin amado: llénese de regocijo la madre de Tobías al considerar la virtud y buenas cualidades del hijo á quien amaba; pero ninguno de estos puede compararse con el Hijo de María.

El Evangelio nos habla de la solicitud de aquella mujer que poseyendo diez dracmas ha perdido una, y la busca incansable hasta dar con ella; pero esta pérdida ¿qué punto de comparacion tiene con la que experimenta María? Necesario es pues que renunciemos

á buscar símiles, porque ninguno encontraremos que nos demuestre la aflicción de esta dolorosa Madre, para quien parece se habían cerrado los cielos, pues que á pesar de sus peticiones, nada descubre, ningún resultado producen sus indagaciones acerca del paradero del Hijo de sus entrañas. Durante aquellos tres días de continua angustia, para ella no había mas alimento que las lágrimas: no era tan sensible la pena de los Israelitas al verse ausentes de su cara patria, como era para María la ausencia de su Jesús. Pero ya parece que el cielo se ha compadecido de su aflicción, y tras el cáliz de amargura va á experimentar el del consuelo: á tres días de mortal congoja y terribles agonías va á suceder un momento de indecible alegría, un instante de grande y extraordinario consuelo... ¡Era el tercer día de la pérdida de Jesús! mejor diré ¡era el tercer día del gran martirio que sufría la mas santa y la mas amable de todas las madres!... Su dolor tocaba á lo sumo! Ya llega á las puertas del templo, preguntando por su amado con mas ternura que la esposa de los Cantares: allí renueva sus afectos ¿dónde estás, Hijo mio? ¿Por qué así te ocultas de tu Madre? ¿Por qué no vienes á volverme la vida? ¡Mis ojos no tienen ya lágrimas que verter!... ¡Mi desconsuelo llega á lo sumo! ¡Compadécete de mí y ven á los brazos de tu Madre, de esta tu dolorida Madre que te ama con todo su corazón!... el bendito José la acompaña, triste y afligido suspira como María por encontrar el tesoro perdido. Por fin, el santo matrimonio penetra en el templo, y allí sentado entre los doctores descubren brillante cual el lucero de la mañana al Divino Jesús por quien tantas lágrimas habían vertido.

Considerad, mis hermanos, la aflicción de una familia que navegando á lejanas tierras, sufre todo el rigor de una espantosa tempestad: es una noche oscura; los vientos hacen levantar espumosas olas que así juegan con el buque como un niño puede jugar y entretenerse con los juguetes propios de su edad; el espantoso trueno, la momentánea luz que produce el relámpago, todo le asusta y le intimida; cada momento que pasa la tempestad se arrecia; el huracán ha partido los palos é inutilizado el timon; una muerte horrorosa espérase por momentos. ¡Qué situación mas terrible! ¡Qué momentos mas angustiosos! En este caso, perdida toda esperanza de salvación, el hombre mas fuerte se intimida, desmayan sus fuerzas, y la vista del próximo y desastroso fin que le espera le hace no encontrar consuelo alguno. Pues bien, suponed que tras estos momentos terribles y angustiosos se cambia el viento, da nueva dirección al buque, y cuando creían encontrar su sepulcro en el fondo de los mares, el buque ha encallado en una playa y todos saliendo de él fijan su planta en tierra firme. ¡Ah! ¿quién podrá espresar la alegría que reciben aquellos navegantes? Si antes lloraban de dolor, ahora sus lágrimas son de regocijo, y tanto mayor es su consuelo, cuanto grande era la pena que antes les afligia. Ahora bien, María había sufrido una tempestad espantosa: su naufragio por faltarle el timon que diera rumbo á su vida, le había sumergido en el abismo del mas agudo dolor. ¿Qué impresión, pues, no causaría en su alma la vista de su Hijo? No es ciertamente comparable la alegría y el gozo de aquellos navegantes con el regocijo de esta Señora: por eso dirigiéndole sus trémulos acentos, ¿por qué, le